

Sermones
Semana de Gratitud



IGLESIA
ADVENTISTA
DEL SÉPTIMO DÍA
UNIÓN MEXICANA DE CHIAPAS

REAVIVADOS:

*Agradecidos
por la
Esperanza*



Tabla de contenido

Saludo del Presidente:	5
Introducción.....	7
Indicaciones:	9
Reavivados por su no Resistencia.....	11
Reavivados por su vida de oración.....	19
Reavivados por su dominio propio	28
Reavivados por su amor a los padres.....	36
Reavivados por su esperanza.....	45
Reavivados por su dedicación	54
Reavivados por su misericordia	63
Reavivados por su fe.....	71

Saludo del Presidente:

Apreciados hermanos, les saludo con alegría por la seguridad de que Dios ha estado con ustedes y sus familiares en todo momento y les ha bendecido.

2014 ha sido un año de desafíos en varios aspectos. Sin embargo, al detenernos y mirar por el retrovisor nos damos cuenta que también ha sido un año de bendiciones, del cuidado de Dios, de generosas provisiones del cielo a nuestro favor. Y al reconocer tan grandes manifestaciones de Dios nos sentimos motivados a decir: GRACIAS SEÑOR.

¡Que bendición que podamos expresarle nuestra gratitud en una semana especial!

Que al impartir cada mensaje contenido en este libro de sermones, Dios les use y todas las familias de las iglesias sean motivadas e inspiradas a dar gratitud a Dios, fuente de toda bendición.

Dios les bendiga grandemente.

Con aprecio,

Ptr. Ignacio Navarro Pérez
Presidente

Introducción

Hace años tuve la oportunidad de leer el libro "El Deseado de Todas las Gentes", lectura que me elevó mucho espiritualmente. Un profesor que tuve en la universidad mencionó en clase una declaración de ese libro, misma que después encontré por mi cuenta. Dice así:

"Sería bueno que cada día dedicásemos una hora de reflexión a la contemplación de la vida de Cristo. Debiéramos tomarla punto por punto, y dejar que la imaginación se posesione de cada escena, especialmente de las finales. Y mientras nos espaciemos así en su gran sacrificio por nosotros, nuestra confianza en él será más constante, se reavivará nuestro amor, y quedaremos más imbuidos de su Espíritu. Si queremos ser salvos al fin, debemos aprender la lección de penitencia y humillación al pie de la cruz". – DTG 63.2

Cuando leí el libro por segunda vez, procuré poner atención a lo que aconsejaba esta cita. Me concentré más en las escenas finales de la vida del Salvador e hice mis anotaciones de las nuevas verdades que comprendí con la lectura. Doy testimonio de que la experiencia fue una gran bendición.

Elegí colaborar con la escritura de estos sermones porque quiero que la iglesia pase por la experiencia que yo pasé individualmente. La Hermana White dice que con una reflexión tal "se reavivará nuestro amor", y eso es justo lo

que nuestras congregaciones necesitan. Considerando el espíritu de gratitud que nos hemos propuesto inspirar cada fin de año, ¿qué mejor razón para dar gracias que por la obra salvadora de Jesús en la cruz del Calvario?

Aliento a los predicadores a valerse de estos estudios para centrar la mirada de los oyentes en Jesús; ése es el foco fundamental de la Escritura. Cuando el Maestro de maestros sea el centro de nuestro enfoque espiritual en el culto y la predicación, el reavivamiento no se hará esperar.

El Ptr. Raúl Lozano es un ministro ordenado de la Iglesia Adventista del Séptimo Día que ha desarrollado su servicio mayormente en el campo educativo. Actualmente es el rector de la Universidad Linda Vista ubicada en Pueblo Nuevo Solistahuacán, Chiapas, México.

Agradecemos profundamente su colaboración en la realización de estos sermones de la Semana de Gratitude “Agradecidos por la Esperanza” y que sea de mucha bendición para cada Iglesia y Congregación.

Unión Mexicana de Chipas.

Departamento de Mayordomía.

Indicaciones:

A todos los Directores, Comisiones (antes concilios) de Mayordomía.

1. Defina con la junta directiva lo siguiente:
 - a. Horario apropiado de reunión para cada día
 - b. Visitación durante la semana a toda la hermandad para estudiar un párrafo de la Biblia y orar con ellos.
 - c. Participaciones musicales, testimonios de hermanos durante las noches. (puede ser antes o después de cada Sermón).
 - d. Las comisiones que funcionarán durante la semana:
 - 1) Visitación
 - 2) Maestros de Ceremonia
 - 3) Especiales o testimonios
 - 4) Ujieres
 - 5) Etc.
 - e. Que el recipiente donde se recibirá la ofrenda el día 13 de Diciembre este listo al iniciar la Semana, esto puede ser: Altar, canasta navideña, árbol, caja decorada, o algún otra detalle que inspire a la congregación, gratitud y alabanza.
2. Siga las secuencias los sermones y al finalizar cada sermón haga invitación para expresar gratitud al Creador.
3. La visitación es clave, procure alcanzar a todas las familias.
4. Asegúrese que todos los hermanos hayan recibido sobres y porta-monederos para los niños con anticipación.
5. Hagan claro a la Iglesia la forma y hora en las ofrendas de gratitud serán depositadas a fin de que no haya confusiones.

6. Los diezmos y el P.D.P. se depositaran en hora normal del Culto Divino.
7. Se sugiere que los niños de las diferentes divisiones sean los primeros en pasar, luego los jóvenes y señoritas, finalmente los adultos y ancianos; mientras pasan puede haber una música de fondo, un canto especial o entonar el canto tema.
8. Después que todos hayan pasado, expresando gratitud el predicador termina con una oración consagrando las vidas de los hermanos y la ofrenda de gratitud.

A la junta directiva de todas las Iglesias y Congregaciones:

- a. Apreciados dirigentes, deseo que esta semana sea totalmente espiritual, y lo conseguiremos si le damos prioridad a los cultos de cada día y le ofrendamos al Señor nuestra presencia. *(Toda indiferencia o ausencia voluntaria hacia esta actividad, refleja ingratitud a Dios).*
- b. Agradezco infinitamente el apoyo que le darán al Departamento de Mayordomía, y a las comisiones para que esta semana sea de mucha bendición para todos los miembros de la Iglesia y seamos un pueblo Reavivados:

Agradecidos por la Esperanza

Felicito a todos por atender estas indicaciones.

Ptr. Salatíel Álvarez García
Dir. De Mayordomía
Unión Mexicana de Chiapas.

Reavivados por su no Resistencia

Introducción:

La llamada “pasión” de Jesús es la parte final de la última semana de vida que tuvo Jesús en esta tierra y comienza con la reunión en el aposento alto durante la celebración de la pascua extendiéndose hasta su muerte en la cruz. En el aposento alto es donde Jesús estableció el rito de humildad y la Cena del Señor como festividades sustitutas de la pascua judía en el marco de la redención realizada en la cruz del Calvario.

La Cena del Señor se llevó a cabo la noche del jueves de aquella semana en que concluyó la vida de Jesús. Los acontecimientos finales se agolparon de una forma intensa: tras la cena, vino el Getsemaní y, después, la entrega traidora de Judas y la violenta captura del Señor por la cuadrilla de soldados del templo. Luego vienen seis juicios por los que pasó nuestro Salvador en un lapso no mayor de un día completo:

1. Juicio ante Anás, suegro del sumo sacerdote Caifás (Juan 18:12-14; 19-23)
2. Primer juicio ante el Sanedrín con Caifás dirigiendo el proceso (Mateo 26:57, 59-68)

3. Segundo juicio ante el Sanedrín al amanecer (Mateo 27:1; Lucas 23:66-68)
4. Juicio ante Poncio Pilato (Lucas 23:1-5)
5. Juicio ante Herodes Antipas (Lucas 23:6-12)
6. Segundo juicio ante Poncio Pilato (Lucas 23:13-16)

Finalmente, tras violentos azotes, golpes y soeces burlas de los líderes judíos, los soldados romanos y la multitud furiosa, Jesús es llevado del Pretorio romano al Gólgota, “y allí le crucificaron” (Juan 19:17).

Jesús responde sin usar la violencia

De lo mucho que podemos admirar de Jesús al leer el relato de la pasión destaca la forma en que responde a quienes con tanto ahínco buscaban su mal. Vemos al Señor noble y digno pero, a la vez, sumiso. Su porte regio y su palabra calma se mantienen. De hecho, hay momentos en que usa tal argumentación desequilibra a sus opositores, pero no se vale de la violencia.

Qué tentación tan fuerte para Jesús resistirse a no pagar con la misma moneda y devolver la violencia sufrida. Esto es especialmente duro para quien tiene todos los poderes a su disposición como ser divino, aún para solicitar ángeles con una sola oración (Mateo 26:53). Esta prueba era parte de un plan astutamente tramado para hacer caer a Jesús tal como se pretendía que ocurriera en el desierto tras su ayuno preparatorio. En aquella primera tentación, el diablo tentó a

Jesús a que usara sus facultades en beneficio propio; ahora era lo mismo, pero el Maestro no cayó.

En realidad, Jesús estaba siendo congruente con lo que había enseñado tiempo atrás al inicio de su ministerio terrenal. En su discurso maestro, registrado en Mateo 5-7 y Lucas 6:20-49, el Señor enseñó dos lecciones muy importantes para los cristianos a lo largo de las edades. La primera es la no resistencia:

“Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses” (Mateo 5:38-42).

Nótese cómo el texto identifica claramente a quien molesta al creyente: No es una persona que pasa necesidad o que tiene un problema sino aquel que es malo. Esa persona puede herir, llevar a pleito, despojar, obligar o pedir prestado al cristiano haciéndole pasar un muy mal rato. A los tales, dijo Jesús, no hay que resistirlos.

Todo lo contrario. Jesús en su discurso agrega otra indicación: “Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros

enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (5:43-45).

Jesús insta al creyente no sólo a mostrar una actitud no resistente sino a mostrar amor mediante acciones específicas. En vez de responder con maldición, hay que bendecir; en vez de aborrecer, hay que hacer bien a los demás; en vez de devolver el mal, hay que orar por el que nos ultraja o persigue. Esa combinación de actitud y acciones es poderosísima. La gente queda pasmada cuando respondemos así porque no es lo normal. Esto lo vemos sostenido consistentemente por Jesús en sus enseñanzas durante su ministerio terrenal.

Un ministerio de amor y no resistencia

En Mateo 10, Jesús instruye a sus discípulos sobre lo que deben hacer cuando salgan a testificar a las ciudades de Israel. Con claridad, les hace ver que no hay que esperar ser aceptados por todos; deberían ser conscientes de que experimentarán algún grado de oposición de sus oyentes. Entre varias lecciones valiosas de no resistencia, Jesús les dice:

1. “Si alguno no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, **salid de aquella casa o ciudad**, y sacudid el polvo de vuestros pies” (ver. 14)

2. “Mas cuando os entreguen, **no os preocupéis por cómo o qué hablaréis**; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros” (vers. 19, 20)
3. “Cuando os persigan en esta ciudad, **huid a la otra**; porque de cierto os digo, que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre” (ver. 23)

A Jesús mismo le tocó vivir en carne propia las lecciones que dio a sus discípulos sobre la no resistencia. Debemos entender que la no resistencia no siempre significa quedarse callado; Jesús habló en diversos casos de violencia y dijo cosas a sus interlocutores. Cuando se trata de hablar, porque el Espíritu de Dios así nos lo indica en nuestra mente santificada, podemos seguir el patrón que mostró Jesús. Este patrón no siempre sigue el mismo orden, pero es evidente en los evangelios:

1. Reprensión
2. Fundamento
3. Lamento

Precisamente el que Jesús termine con un lamento pone de manifiesto que su respuesta era compasiva y no ofensiva. Él lloraba cuando tenía que llamarle la atención a la gente; aunque sus palabras eran fuertes, sus sentimientos eran

amorosos. Al respecto, el siguiente comentario aclara lo que venimos diciendo:

“Los que eran tan terriblemente denunciados [por Jesús] eran objeto de la labor solícita e incansable de Cristo para reformarlos. El Salvador lloraba por sus tinieblas y error. Manifestaba anhelos, ilimitada compasión y amor, y exclamó sobre Jerusalén: ‘¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!’” (**Testimonios**, vol. 4, pág. 479)

Por ejemplo, de cuatro casos que leamos registrados en Mateo 12, vamos a tomar dos. El primero se presenta cuando los discípulos tienen hambre y cortan espigas de los campos mientras caminan en un día de reposo. Los fariseos son rápidos en señalar que eso “no es lícito hacer en el día de reposo” (ver. 2). Entonces, Jesús responde:

1. Fundamento: “¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre; cómo entró en la casa de Dios, y comió los panes de la proposición, que no les era lícito comer ni a él ni a los que con él estaban, sino solamente a los sacerdotes? ¿O no habéis leído en la ley, cómo en el día de reposo los sacerdotes en el templo profanan el día de reposo, y son sin culpa?” (ver. 3.5)
2. Reprensión: “Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí” (ver. 6)

3. Lamento: “Y si supieseis qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio, no condenaríais a los inocentes; porque el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo” (vers. 7-8)

Más tarde, Jesús se dirige a la sinagoga y le traen un endemoniado que también era mudo y ciego, al cual sana. Los fariseos dijeron que Jesús expulsó el demonio por el poder de Belzebú. Jesús contesta:

1. Fundamento: “Todo reino dividido contra sí mismo, es assolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá. Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino?” (vers. 25-26)
2. Reprensión: “Y si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿por quién los echan vuestros hijos? Por tanto, ellos serán vuestros jueces” (ver. 27)
3. Lamento: “Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada” (ver. 31)

Entonces, según lo que enseña el Evangelio, cuando somos confrontados por alguien que busca nuestro mal hay que responder con palabras que sigan el modelo o patrón enseñado por Jesús. Si las palabras no detienen el mal, hay que huir; y si no podemos huir o estamos acorralados, hay que someterse al daño.

Conclusión

Quizás uno de los movimientos revolucionarios más discutidos en la historia universal contemporánea sea la independencia de la India de la corona británica. El respetable Mahatma Gandhi utilizó la no violencia y la desobediencia civil al organizar a los agricultores, ganaderos y trabajadores urbanos a sostener sus derechos humanos de cara a abusivos impuestos. Gandhi abogó por la no violencia y la verdad en toda situación, aún cuando esto obrara en contra de la persona. Esto le valió el encarcelamiento y, finalmente, la muerte a balazos.

Interesantemente, Gandhi obtuvo inspiración hacia la no violencia leyendo las obras literarias de León Tolstoi, quien fuera excombatiente de la guerra de Crimea y que retrata en su obra los horrores de la guerra, los excesos de la humanidad y el valor de no violencia. La obra “La guerra y la paz” fue un apoyo singular en las ideas de Gandhi.

Queda demostrado que, cuando respondemos a la violencia con no violencia, la gente reflexiona con profundidad. Eso es lo que Pablo quiso decir cuando declaró que amontonaríamos “ascuas de fuego” sobre la cabeza de los agresores (Romanos 12:20). El propio centurión acompañado de los soldados romanos, valorando lo acontecido con Jesús y las cosas tan portentosas de las que fueron testigos, declaró: “Verdaderamente éste era Hijo de Dios” (Mateo 27:54). A esa misma conclusión llegarán, Dios mediante, quienes nos vean actuar como nuestro Maestro.

Reavivados por su vida de oración

Introducción:

Una segunda adicional por la cual admirar y querer ser como Jesús es por su vida de oración. Jesús fue alguien que se valió de la oración para toda circunstancia y con una asiduidad como nadie lo ha hecho. Se dice que “la oración es el aliento del alma. Es el secreto del poder espiritual” (**Mensajes para los Jóvenes**, pág. 175). Al ser así, no orar es no respirar; es carecer de poder. Y esto es todo lo contrario a lo que vemos en la vida del Salvador.

Dispersos en los evangelios hay textos donde Jesús instruye a los creyentes sobre la oración. Quiero referirme al pasaje que se encuentra en Marcos 11:24-26:

“Por tanto, os digo que todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá. Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas. Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas”.

En este pasaje, Jesús exalta el poder de la oración de fe en el logro de lo que uno solicite. Pero antes de animarnos a pedir

cosas inconvenientes, el Señor muy pronto explica qué podemos dar por cierto que recibiremos en respuesta a la oración: el perdón de los pecados.

Jesús vincula muy claramente la oración con el perdón cuando dice, “Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno”. El perdón, aunque es tan fundamental, es para muchos muy fácil de pasar por alto. Nuestro pasaje en cuestión indica que la oración es para pedir el perdón; la oración es para perdonar las faltas. Esto le confiere a la oración un carácter especial; ahora la oración se vuelve intercesora.

Haciendo memoria de los inicios del movimiento adventista, una de sus protagonistas, Elena G. de White, recuerda cómo en aquellos años se oraba con abundancia. Ella dice: “¡Cuán a menudo se oía en las cámaras, en el establo, en el huerto o en la arboleda la voz intercesora! A menudo pasábamos horas enteras en oración dos o tres juntos reclamando la promesa; con frecuencia se escuchaba el sonido del llanto, y luego la voz de agradecimiento y el canto de alabanza” (**Testimonios**, vol. 5, pág. 151).

Según los registros cronológicos que se desprenden del estudio comparado de los evangelios, cuando Jesús dijo lo que leemos en Marcos 11 era el día martes de la última semana de su vida. Dos días después, el jueves, vendrían el aposento alto, el Getsemaní y su captura. Al siguiente día de eso, el viernes de la Pascua, Jesús estaría pendiendo en la

cruz. ¿Quién iba a pensar que él mismo tendría que vivir en carne propia lo que enseñó sobre la oración a sus discípulos?

Una oración desde la cruz

Cuando Pilato condenó a muerte a Jesús y cayó en manos de los soldados, el maltrato fue brutal. Mateo 26:26 dice que Pilato les soltó a Barrabás y, luego, azotaron a Jesús. Los judíos tenían una ley que indicaba que un criminal no debía recibir más de 40 latigazos; el número máximo de su castigo eran 39 latigazos: 13 en un hombro, 13 en el otro, y 13 en el pecho. Pero esos eran los judíos; no sabemos cuánto lo azotaron los romanos, pero una golpiza de ese tipo podía matar a una persona o, en el mejor de los casos, dejarla lisiada por el resto de su vida.

Una vez en el Pretorio, según dice la Biblia (Mateo 26:26-30; Marcos 15:15-19; Juan 19:1-3), los soldados se reunieron en torno a Jesús, le desnudaron y le colocaron un manto de púrpura en el cuerpo, una corona de espinas en la cabeza y una caña en la mano a manera de cetro. Luego, haciendo reverencias burlescamente al Rey de los judíos, empezaron a abofetearlo, a golpearle la cabeza con la caña que le habían dado, y a escupirle. Cansados de reírse, le quitaron la ropa regia y le pusieron de nuevo sus propios vestidos y le sacaron para ser crucificado “en un lugar llamado Gólgota” (Marcos 15:22).

Jesús estaba tan vapuleado que apenas podía andar. Con todo, según la práctica romana, salió con la cruz cargando hacia el lugar donde sería crucificado (Juan 19:17). Debió haber estado imposibilitado por tanto maltrato que, no queriendo que muriera bajo el peso de la cruz, los soldados tomaron a un hombre que venía del campo llamado Simón de Cirene y le obligaron a cargar la cruz (Mateo 27:32; Lucas 23:26). Jesús fue puesto en medio de otros dos ladrones (Marcos 15:27) que estaban para ser muertos; eran las 9:00 am cuando esto ocurrió.

Y desde las alturas de la cruz, Jesús, que todavía retenía sus facultades pudo apenas ver el escenario que tenía delante: una gran multitud y el ruido confuso de gritos, insultos y llanto. El espectáculo era horrible. Ahí estaban las mujeres que lo siguieron desde el Pretorio hasta la cruz llorando y haciendo lamentación por él (Lucas 23:27). Otros hombres que pasaban por ahí se colocaron ante Jesús y le insultaban meneando la cabeza (Mateo 27:39). Los propios líderes judíos le decían injurias al Crucificado (vers. 41-44), junto con los soldados romanos (Lucas 23:36) y uno de los malhechores (ver. 39). Algunos de entre la multitud que vieron al Maestro, no resistían y “se volvían golpeándose el pecho” (ver. 48).

Entonces, habló Jesús y dijo estas palabras: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”, mientras a sus pies los soldados repartían entre sí sus pocas piezas de ropa (Lucas 23:34).

¡Qué escena! Ese Jesús molido, golpeado, escarnecido, ahora habla; pero, en vez de hablarle a la gente, le habla a su Padre. Es decir, cuando Jesús habla es para orar; no insulta a quienes lo maltrataron ni condena a los que se burlan de él; es más, ni siquiera usa sus pocas energías para quejarse o lamentarse. Nuestro Salvador habla para orar. Esa es una gran lección para nosotros. Cuánto alivio conseguiremos si, cuando estamos frente a las adversidades de la vida, usamos nuestras fuerzas para orar y no para arremeter contra los demás o para quejarnos.

La oración intercesora

Tres días después de enseñar a sus discípulos el estrecho vínculo entre la oración y el perdón, Jesús encarna esta lección y la hace suya para todo el mundo. La oración intercesora recibe este nombre porque mediante ella el creyente pide por otros y no por sí. No está mal orar por uno mismo, pero la oración adquiere un valor más sublime cuando se centra en las necesidades de otros porque ese es el rol de Jesús. Según San Pablo, Jesús vive “siempre para interceder por ellos [los creyentes]” (Hebreos 7:25)

Así es, Jesús pensó siempre primero en los demás que en sí mismo. Basta mirar lo que dijo a las mujeres que lloraban y hacían lamentación por él mientras andaba trabajosamente hacia el Calvario: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que

no criaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?” (Lucas 23:28-29). Lejos de pensar en el terrible dolor que le infligieron los enemigos, Jesús las lleva a pensar en sí mismas y en su inminente desgracia. ¿No es eso altruismo? ¿No es eso abnegación?

Pendiendo de la cruz, Jesús dijo a su Padre, “perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Aquí hay dos elementos importantes que destacar. Primero, Jesús pide el perdón al Padre por todo lo hecho; él dice, “perdónalos”. Toda la violencia, toda la burla, toda la injuria y cualquier mal perpetrado por los judíos y romanos en esa vía crucis contra él es perdonado aquí. Mas estas palabras de perdón son más amplias de lo que simplemente parece. Por cuanto Jesús no dijo a qué cosas se refería el perdón, aquí entra toda maldad y resistencia al poder del amor del Padre. Toda vez que los seres humanos obran en contra del llamado de Dios y se resisten con violencia hacia quienes representan el amor del Padre podemos confiar que hay una oferta de perdón en la cruz por la muerte expiatoria de Cristo. Queda en cada ser humano creer en ese perdón y aceptarlo con gratitud, algo que tristemente no todos los que rodearon a Jesús en la cruz hicieron.

En segundo lugar, Jesús dijo “porque no saben lo que hacen”. Aquí Jesús se pone en el lugar del ser humano pecador y entiende lo que está pasando. Esa motivación

hacia el mal es extraña y confusa; en realidad, el pecador no sabe lo que hace. Esto viene a confirmar lo que define al pecado en su más íntima esencia: el pecado es un engaño. Eva cedió al pecado creyendo algo que no era cierto. Ella esperaba desarrollo y encontró muerte. Jesús en la cruz sabe que, en el fondo, los malhechores que lo crucificaron están engañados, pues “no saben lo que hacen”.

Cuando somos objeto de violencia como lo fue Jesús, nos viene muy bien recordar su oración. Nuestra paz comienza en el momento que perdonemos a quienes nos ofenden. Las malas acciones nacen del pecado y, en el fondo, todo pecado es un acto basado en un engaño. Será una gran satisfacción que vengan a pedirnos el perdón aquellos que nos ofendieron porque entiendan que fueron movidos por un engaño satánico. Pero, si no es así, perdonar nos libera de los pensamientos condenatorios y de los rencores, tal como ocurrió con Jesús.

Conclusión

Para llegar a la cruz, el camino que Jesús cruzó anduvo pavimentado de perdón. Los discípulos fueron un grupo que suscitó tremendos desafíos espirituales al propio Maestro. Para empezar, en la misma Cena del Señor, los discípulos estaban discutiendo quién de ellos sería el mayor (Lucas 22:24). Minutos más tarde, Jesús invita a Pedro a ser vigilante y cuidarse de la tentación de Satanás, pero Pedro no comprende y se hace el fuerte (vers. 31-33). Poco

entendía Pedro que su propia debilidad lo llevaría a la triple negación de su Maestro.

Luego, ante el desconcierto de todos, Jesús se predice la traición de Judas sin desenmascarar al traidor. Finalmente, una vez fuera en el huerto, Jesús pide a sus discípulos que lo acompañen a orar, pero ellos se duermen; dos veces vuelve a pedirles que lo fortalezcan sólo para encontrarlos sumidos en el más profundo sopor.

¿Por qué cuando más necesitamos de quienes nos pueden ayudar éstos no nos apoyan? ¿Cómo no se dan cuenta ellos de nuestra necesidad y nos dan la espalda, con o sin razón? Así de frustrante debió haber sido para Jesús tener a sus discípulos a su lado pero sin ningún tipo de sostén de su parte. Ahora sumen a eso la violencia con la que fue tratado en las manos de los judíos y romanos. ¿No es eso suficiente para hundir el corazón en la desesperanza y la tristeza?

Es como aquella historia que habla del gran esfuerzo que hizo una familia de agricultores para enviar a su hijo a estudiar a la universidad. Durante toda la carrera trataron de suplir al hijo de lo que les pedía, a costa de sus propias necesidades en el hogar. Finalmente llegó el día de la graduación y el humilde padre de este graduando fue a la universidad a acompañarlo. el muchacho había llegado a pensar más de sí de lo que debía y se creía muy importante. Cuando su padre llegó, lo halló con unos amigos y se acercó a saludarlo. Pensando el muchacho que lo avergonzaría el

que sus amigos descubrieran que no era tan noble su origen como él les había contado, fingió que no conocía al anciano.

--"Usted se equivoca, señor; yo no soy su hijo", y le dio la espalda.

El anciano volvió a su casa con el corazón destrozado. La historia cuenta que al poco tiempo el hombre murió.

El corazón de Jesús también fue destrozado, tanto por los discípulos como por la multitud frenética. Con todo, sus primeras palabras desde esa cruenta cruz fueron, "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". Esa es la oración de intercesión más sublime que también podamos elevar, aquella hecha por los que nos ofenden en la expectativa de que Dios los traiga de vuelta y les haga cambiar el corazón.

Reavivados por su dominio propio

Introducción

En algunas ocasiones, nuestro país ha destacado a nivel mundial por haber alcanzado una marca singular en cierto campo de la vida. Este año murió un mexicano llamado Manuel Uribe, quien llamó la atención global al convertirse en el hombre más pesado del mundo. Manuel vivía en Monterrey y llegó a pesar 597 kg. Su agotado cuerpo y, especialmente, su corazón dejaron de funcionar cuando tenía apenas 49 años de edad.

Aunque el caso de Manuel es extremo, si lo miramos mundialmente el problema del sobrepeso y la obesidad no es para cruzarse de brazos. Un estudio publicado en el año 2013 reportó que la tendencia en sobrepeso y obesidad en el mundo desde 1981 hasta 2013 se ha incrementado un 28% y en niños un 47%. Según estos datos, hay 2,100 millones de personas en el mundo que tienen sobrepeso o son obesas.

Si bien las enfermedades del sobrepeso y la obesidad, ahora consideradas pandémicas, son multifactoriales, los médicos están de acuerdo que dichos males resultan mayormente de la forma en que la gente vive. Es decir, son enfermedades ocasionadas por el estilo de vida. Al ser ése el caso, mucho

de esto se reduce a una cosa: las decisiones que las personas tomamos sobre cómo vivimos nuestra vida. Los problemas de salud más graves se presentan cuando dejamos de ejercitar nuestro cuerpo y elegimos mal la cantidad y calidad de nuestros alimentos.

La cruz reprende la intemperancia

Los días de la pasión significaron para el Señor Jesús severas aflicciones en su cuerpo. En retrospectiva, lo que él tuvo que pasar físicamente generó un abatimiento tal que pocas personas ordinarias podrían haber sobrevivido. Si Jesús soportó toda esa aflicción es porque, verdaderamente, era un hombre muy fuerte físicamente.

Partamos del supuesto que su última ingesta de alimentos fue la noche del jueves de la semana de la pasión. Esa noche Jesús celebró la pascua con sus discípulos y, además, instituyó la Cena del Señor. Inmediatamente después, vino la vigilia en el Getsemaní, descrita en los evangelios como un periodo de desvelo para concentrarse en la oración. Sin embargo, a diferencia de una vigilia ordinaria, esa vez Jesús sudó “grandes gotas de sangre” (Lucas 22:44). Este mismo pasaje dice que Jesús estaba “en agonía”, misma que él trataba de superar entregándose a la oración intensa.

El Maestro reprendió la indiferencia y debilidad de sus discípulos cuando les dijo, “¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?” (Mateo 26:40). No sabemos con precisión si esa sesión de oración, que implicó un gran

desgaste emocional y físico, duró una hora; probablemente sí o tal vez más de eso. Lo cierto es que lo que vino después fue peor. Jesús no durmió toda esa noche porque lo tomó la turba y de inmediato comenzaron los seis procesos de juicio por los cuales le hicieron pasar. Una vez condenado a muerte y entregado a los infames soldados romanos, el maltrato infligido al Señor no tuvo calificativos: dos sesiones de azotes.

Y todavía nos falta considerar el recorrido hacia el Calvario, o también llamado la Vía Crucis, que apenas pudo realizar Jesús con toda la sorna e injuria a su paso. Al final, lo que le esperaba era la horrenda crucifixión y la fiera forma en que los romanos arrojaron la cruz para clavarla en la tierra. Después de todo esto, es realmente admirable que Jesús haya sobrevivido desde las 9:00 de la mañana hasta las 3:00 de la tarde.

Las necesidades básicas humanas de Jesús fueron poco menos que olvidadas en ese día. Todo su proceso estuvo planificado para hacerlo sufrir y acabar con él. Sin embargo, hubo momentos en que, quienes le rodeaban, se dieron cuenta que algo había que hacer por él aunque sin mostrar simpatía. Es entendible que lo más fundamental para Jesús era consumir líquidos. La primera vez que le ofrecieron algo de beber se registró en Marcos 15:23 que dice que, al llegar al Calvario, “le dieron a beber vino mezclado con mirra”. No obstante, Mateo 27:34 dice que “le dieron a beber vinagre

mezclado con hiel". Sobre esto hay varias cosas que comentar.

Primero, hablemos de la posible discrepancia textual. ¿Quién tiene la razón respecto de la bebida, Mateo o Marcos? ¿Era vino con mirra o vinagre con hiel? Una forma de entender este aparente conflicto es que la palabra vinagre (del griego *ozos*) es, en realidad, un error de escritura de la palabra vino (del griego *oinos*). Las palabras son muy parecidas y pudiera haber sido falta del copista al momento de escribir, a decir de algunos estudiosos incluyendo el **Comentario Bíblico Adventista**. Una segunda explicación la encontramos en la naturaleza del propio vinagre, el cual es una clase de vino agrio; esto quiere decir que, al fin y al cabo, lo que ofrecieron a beber a Jesús fue vino, si bien tan agrio como para ser vinagre. Una tercera explicación es que Mateo halla tomado las palabras del Salmo 69:21, que son perfectamente aplicables al Mesías sufriente, y usó vinagre y hiel tal cual aparecen en el texto. Todo esto favorece la idea de que la bebida dada a Jesús era vino.

Por otro lado, es muy probable que los dos evangelistas tengan razón y la bebida haya contenido tanto hiel como mirra. El texto bíblico no excluye la posibilidad de que la composición incluyera las dos cosas. Por su parte, se sabe que la mirra, en época del imperio romano, era usada como anestésico para los moribundos o los condenados a muerte, y se solía dar mezclada con vino. En otras palabras, era una

sustancia intencionada a ayudarle a abatir el dolor. Aunque eso era más que deseable en esos momentos, Jesús decidió no tomarla. Nada que oscureciera su mente o le hiciera perder la lucidez podía interponerse sin importar cuán intenso fuera el sufrimiento físico (**El Deseado de Todas las Gentes**, pág. 695). En otras palabras, es una muestra muy respetable de parte de Jesús de dominio propio rechazando aquello que no es bueno para la salud.

De nuevo se le dio a Jesús algo a beber. En su hora final, Juan 19:28 indica que Jesús dijo en la cruz, “Tengo sed”. En seguida, un soldado empapó una esponja en una vasija con vinagre y se la acercó a la boca. Por las razones dichas en los párrafos anteriores, podemos entender que era la misma bebida anestésica. Probablemente los soldados creyeron que ahora sí la bebería. Los tres pasajes que registran este acto (Mateo 27:48; Marcos 15:36 y Juan 19:29) sólo dicen que le dieron a beber, pero ninguno dice que Jesús realmente bebió de la esponja. Comentando sobre este hecho, Elena G. de White dice que “al gustar [Jesús] el brebaje, lo rehusó” (**Primeros Escritos**, pág. 177).

La abstinencia como estilo de vida

En uno de sus pasajes bien conocidos, el Apóstol Pablo habla de la abstinencia como parte del ejercicio de vida de quienes tienen una meta elevada. Dice él:

“¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de

tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Corintios 9:24-27).

Dos eventos deportivos son mencionados en este pasaje: carreras y lucha. El factor común entre ellos es que para sobresalir en ambos se necesita cuidar lo que uno consume, se necesita controlarse. El que lucha “de todo se abstiene”, dice Pablo. La abstinencia del luchador se puede traducir como “ejercitar el autocontrol; ejercer dominio desde el interior; comportarse de manera temperante”. La Septuaginta (que es la versión griega del Antiguo Testamento) usa en Génesis 43:30 el mismo verbo que Pablo en 1 Corintios 9. Cuando José vio a Benjamín traído a Egipto por sus hermanos, José no aguantaba las ganas de llorar; entonces, se apresuró a salir de ahí y llegó a su cámara para llorar a solas. Ese aguantar el llanto fue un acto de dominio propio. Los luchadores en los juegos romanos (y aún ahora) tenían que dominar la atracción de cosas que amenazarían la meta de sus esfuerzos físicos, entre ellos, el abuso de los alimentos, especialmente los no sanos, el vino y la indulgencia sexual.

Algo similar ocurre en la frase “golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre”, usada por Pablo en 1 Corintios 9:27. Es interesante que la palabra golpear está compuesta de dos raíces que significan literalmente “pegar abajo del ojo”; esto es, domino al ponerle “el ojo morado”. Golpear el cuerpo, según el texto griego, es lo mismo que decir “lo hiero, lo trato severamente, lo desgasto, lo disciplino mediante privación y adversidad”. Poner en servidumbre es un énfasis adicional de Pablo para acentuar la idea de someter, de colocar bajo sujeción.

Las cosas de las que se abstenían los atletas no eran necesariamente malas. Sólo que mal manejadas obstruyen la llegada a la meta. La meta de Pablo en 1 Corintios 9 es ganar a los más que se pueda, sean judíos, sean quienes estén bajo la ley o sean débiles. En consecuencia, él no va a permitir que nada se atravesara en su afán de ganar a los demás, y por eso se disciplina, por eso se abstiene.

Con Jesús ocurrió exactamente igual. Si bien estaba justificado a consumir algo de líquido y a atenuar el dolor provocado por tanto maltrato, su meta de ser un ejemplo perfecto, de no colocar sus necesidades en primer lugar, de no obnubilar su mente y correr el riesgo de desconectarse de Dios, no permitía que bebiera siquiera un trago de aquel vino.

Es la meta la que sostiene la disciplina. Si la meta es digna, la privación vale la pena. En esta sociedad nuestra tan dada a

la comunidad, tan indulgente y sedentaria, cuán importante es seguir el ejemplo de Jesús y comprometerse, como él, a vida abstemia, temperante, bien controlada. Quizás parezca un sacrificio, pero la meta hace digno el esfuerzo.

Conclusión

Lyndon B. Johnson, siendo vicepresidente de los Estados Unidos de Norteamérica, asumió la presidencia el 22 de noviembre de 1963 bajo circunstancias muy indeseables: el presidente John F. Kennedy había sido abatido a tiros en Dallas, Texas. En el mismo avión que transportaba los restos mortales de Kennedy, el Sr. Johnson juró como el trigésimo sexto presidente de aquella nación.

Se dice que, cuando Johnson llegó a la presidencia, tenía algunos kilos de más. Cierta día, su esposa Claudia lo desafió de manera muy directa: “Mira, tú no podrás manejar este país si no puedes manejarte a ti mismo”. La señora Johnson tenía razón, así que el presidente se sometió a una dura disciplina y, como resultado, logró perder más de 10 kilos.

¿Qué esfuerzos necesitas hacer para vivir una vida temperante? ¿Sobre qué cosas debes ejercer el control de manera que tu vida glorifique a Dios? ¿A qué cosas debes renunciar y a qué cosas debes comprometerte inspirado por el ejemplo de dominio propio mostrado por Jesús en la cruz? Si tu meta es el cielo, tus esfuerzos por vivir de manera temperante están justificados. El mismo Señor de la temperancia te ayudará si tú haces tu parte.

Reavivados por su amor a los padres

Introducción:

Hace muchos años había un anciano de corta estatura que quedó viudo. Sus ojos parpadeaban con viveza pero sus manos temblaban. Cuando comía, hacía ruido con los cubiertos golpeando el plato; con frecuencia, no atinaba a llevarse la comida a la boca haciendo que ésta cayera sobre el mantel manchándolo.

No teniendo dónde más estar, el anciano vivía con su hijo casado, pero este arreglo no le gustaba a la esposa. “Ya no puedo más con esto”, dijo la mujer, “porque está interfiriendo con mi derecho a la felicidad”. Así que el hijo y su esposa levantaron de la mesa al anciano amablemente pero con firmeza y lo llevaron a una esquina en la cocina. Lo sentaron en un banco y le dieron su comida en un tazón de barro. Desde entonces, el anciano comió en la cocina, y desde aquel rincón miraba a hacia la mesa con sus vivaces ojos parpadeantes.

Cierto día, sus manos temblaron más de lo acostumbrado, y el tazón de barro cayó de sus manos hacia el piso y se rompió.

“Pues mire que si usted es un cochino”, dijo la nuera, “entonces tiene que comer en un chiquero”. Así que le hicieron un traste de madera a manera de un pesebre y ahí le servían la comida.

La familia tenía un hijo de cuatro años al que querían mucho. Cierta noche, el papá del niño lo vio jugando muy concentrado con unos pedazos de madera, y le preguntó que hacía.

“Estoy haciendo un pesebre”, dijo sonriendo el niño, “para alimentarte a ti y a mamá cuando yo sea grande”.

El padre y la madre se miraron el uno al otro durante algún tiempo sin decir nada. Entonces no pudieron contener las lágrimas. Fueron a aquella esquina de la cocina y tomaron al anciano para traerlo de nuevo a la mesa. Lo sentaron en una silla cómoda y le sirvieron sus alimentos en un plato. A partir de entonces, nadie se quejó de que hiciera ruidos cuando golpeaba el plato con los cubiertos, o cuando se le caía la comida, o cuando ensuciaba el mantel.

El quinto mandamiento

Si hubo alguien que fuera respetuoso con sus padres fue el Señor Jesús. Los evangelios atestiguan en las diversas etapas de su vida de su obediencia y responsabilidad para con ellos. Y no puede ser diferente porque eso mismo fue lo que Jesús enseñó en el Antiguo Testamento cuando reveló los Diez Mandamientos. En el quinto se lee así:

“Honra a tu padre y a tu madre para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da” (Éxodo 20:12).

Cuando Moisés repitió la ley al pueblo reunido de Israel, les instruyó diciendo:

“Honra a tu padre y a tu madre, como Jehová tu Dios te ha mandado, para que sean prolongados tus días y para que te vaya bien sobre la tierra que Jehová tu Dios te da” (Deuteronomio 5:16)

Este mandamiento se aparta de todos los demás porque, según dice el apóstol Pablo, es “el primer mandamiento con promesa” (Efesios 6:2). Dentro de este mandamiento encontramos la combinación de un deber con una promesa. El deber es honrar a los padres. Específicamente se indica “a tu padre y a tu madre”, lo que quiere decir que no hay que olvidarse de ninguno de los dos. Honrar a los padres es tratarlos con respeto y alta estima, es reconocer la posición que ellos tienen y cumplir nuestras obligaciones para con ellos, una de las cuales es obedecer su autoridad.

Cuando nosotros cumplimos el mandamiento, la promesa se cumple. Dios mueve los mecanismos celestiales que representan bendición y hace que nuestras vidas como hijos sean prósperas y felices.

El profeta Malaquías anticipó un tiempo en el que las familias serían reconciliadas y volverían en unidad. Cuando venga Elías, antes de la llegada del día de Jehová, grande y terrible, dijo Malaquías:

“Él [Elías] hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición” (4:6).

El reavivamiento que esperamos antes de la venida del Señor tiene que afectar las relaciones familiares. Se necesita que el espíritu y el poder de Elías no sólo despierte a nuestro pueblo sino lo vincule más. Los lazos entre padres e hijos tienen que fortalecerse y eso requiere del cumplimiento del quinto mandamiento. Por eso, un par de versículos antes, Malaquías dijo:

“Acordaos de la ley de Moisés, mi siervo, al cual encargue en Horeb ordenanzas y leyes para todo Israel” (ver. 4).

Cuando Elías venga, es decir, cuando la Palabra profética sea presentada con poder y haga su llamado al arrepentimiento tal cual hizo Elías, entonces el pueblo se volverá al Señor. Y se volverá también el padre para con el hijo, y el hijo para con el padre. Entonces, cumplida la ley, podemos esperar el cumplimiento de la promesa: larga vida en la tierra preparada por Jehová.

La cruz y la madre de Jesús

Las palabras dichas por Jesús desde la cruz son portadoras de valores tan válidos y vigentes ahora como en el momento que las pronunció. En un estudio anterior ya hablamos de una de esas frases. Según los evangelios, Jesús primeramente dijo, “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Mas la segunda frase dicha por Jesús sólo Juan el evangelista la registra:

“Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa” (Juan 19:26, 27).

María venía siguiendo los acontecimientos y la forma en que Jesús fue tratado por sus captores. Con horror miró cómo dejaron los romanos a su Hijo que casi perdió la figura por tantos golpes. Incapaz de avanzar por sí sola, Juan el discípulo la tomó consigo y la acompañó hasta el lugar de la crucifixión. Desde el pie de la cruz y con profunda tristeza, María elevó la mirada hacia su Hijo. La espada predicha por Simeón, el profeta, entonces se hundió en su corazón:

“He aquí, éste está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones” (Lucas 2:34, 35).

Jesús la vio también, y en esa mirada había compasión, no tristeza. Jesús pensó en lo que sucedería con su madre ahora que perdería a su Hijo, pensó en sus necesidades, y en quién la acompañaría por la vida. Y se dirigió a María con las palabras, “Mujer, he ahí tu hijo”, refiriéndose a Juan. María ya no estaría sola sino que su discípulo tomaría sobre sí la tarea de cuidar de esta viuda y, ahora, madre sin hijo. Con todo, para Juan no sería una carga; sería un deber de amor. A Juan le dijo Jesús: “He ahí tu madre”.

Provisión y amor

El texto bíblico señala que, a partir de entonces, Juan llevó a María a su casa para atenderla. Con ello, dos condiciones fundamentales para la vida fueron ofrecidas. Primero, provisión. Juan sería el encargo de darle a María lo que necesita todo ser humano para vivir. En su casa, Juan proveería alimento, abrigo, sustento. La Biblia no dice nada respecto de si Juan formó una familia propia; la tradición cristiana lo presenta como un hombre que se entregó por completo al servicio de Dios, lo que significa que María debió haberle acompañado hasta que ella falleciera.

Bien sabemos que dar a alguien provisión no basta para hacer su vida significativa. La vida es más que el alimento y el cuerpo que el vestido (Mateo 6:25). Al decir Jesús a Juan, “He ahí tu madre”, le estaba vinculando a ella con el lazo del amor. Las relaciones humanas necesitan del amor para ser consideradas positivas. El tono amable de la voz, el abrazo

cariñoso, la sonrisa frecuente, los ojos atentos, todo esto es tan necesario que, sin ellos, la vida no es vida.

Una educadora muy prolífica ha dicho así:

“Niños, es necesario que vuestras madres os amen. De lo contrario, seríais muy desgraciados. ¿No conviene asimismo que los hijos amen a sus padres, y revelen este amor por miradas y palabras agradables, así como por una cooperación alegre y cordial para ayudar al padre fuera de la casa y a la madre dentro de ella? (El Hogar Cristiano, pág. 267).

El ejemplo de Jesús en su apego al quinto mandamiento es una muestra más de cómo pensó en los demás antes que pensar en sí. Jesús demuestra que honrar a los padres es ver por sus necesidades y asegurarles un presente y futuro seguro. Pero hay algo más implícito en esta honra a los padres que el mandamiento requiere. Honrar a los padres es también no defraudar el modelo de vida que ellos nos enseñaron.

Conclusión

El sexto Secretario General de las Naciones Unidas y el primero de origen africano fue el egipcio Boutros-Ghali, elegido en 1991. La historia respecto de su nombre es interesante y data de los días de su abuelo, Boutros Ghali, quien también fuera un político prominente de confesión cristiana.

Boutros Ghali sirvió a su país en el Ministerio de Justicia, más tarde fue Ministro de Finanzas, Ministro de Relaciones Exteriores y, finalmente, Primer Ministro de Egipto en 1908, el único cristiano que ha llegado a esa posición. Bajo su gestión como Primer Ministro, Ghali enfrentó serios desafíos, algunos de ellos tuvieron que ver con relaciones internacionales. El 20 de febrero de 1910, Boutros Ghali fue acribillado por un musulmán extremista. Al día siguiente, Ghali murió.

Mientras los musulmanes extremistas expresaban gozosos su respeto al asesino, la familia pensaba en alguna forma de evitar que el buen nombre del finado político cayera al olvido. En 1922 nació un nieto a la familia y tomaron el nombre del abuelo, Boutros, que significa Pedro, y le agregaron luego el nombre completo del abuelo. En segundo lugar, en memoria del fiel abuelo, la familia reunió recursos y construyeron una iglesia en El Cairo para honrar al patriarca mártir.

En una ocasión, Boutros-Ghali expresó en público estas palabras: “En la tumba del abuelo Boutros Ghali su epitafio dice: ‘Dios es testigo de que serví a mi país al máximo de mis capacidades’. Crecer como niño con tales cosas te marca, te genera un impacto. Sentí que traicionaría la tradición de mi familia si, yo como político, no jugaba limpio en mi ejercicio público”.

Y así es, amigos. Junto con la provisión material y la riqueza emocional de una relación amorosa, los hijos podemos honrar la memoria de nuestros padres y familia viviendo a la altura de los valores que el cristianismo nos coloca. Amar y honrar a nuestros padres es más que una palabra tierna y un abrazo cariñoso; es sostener su legado, es vivir sus ideales, es ser fieles a Dios como lo fueron ellos. Estos resultados acompañarán el reavivamiento del pueblo de Dios cuando se predique la Palabra y se exalte a Jesús con “el espíritu y el poder de Elías” (Lucas 1:17).

Reavivados por su esperanza

Introducción:

En 1981, un industrial millonario de los Estados Unidos, Eugene Lang, fue invitado a dar un discurso a un grupo de estudiantes de sexto grado de primaria. Los 61 estudiantes del grupo residían en el barrio neoyorquino de East Harlem, conocido por su extracción predominantemente negra y latina. Al Sr. Lang le costaba mucho encontrar qué tema tratar con los niños y qué decirles.

Informado de que la mayoría de los estudiantes de East Harlem desertan de la escuela antes de concluir la preparatoria, el millonario tuvo una idea. Preparó un discurso motivacional. Su mensaje fue muy simple: “¡Quédense en la escuela! ¡No se rindan!

Al final del discurso, Lang les hizo un ofrecimiento. Todos aquellos que terminaran la preparatoria recibirán como estímulo el pago completo de una carrera universitaria del propio bolsillo del Sr. Lang. Y no sólo eso; Lang también prometió pagar tutores académicos para reforzar el aprendizaje de los ganadores, viajes a diversas instituciones para elegir la que más les gustara, y un recorrido por su oficina e instalaciones.

Seis años después, el 21 de junio de 1987, el periódico The New York Times publicó los resultados: De los 61 estudiantes originales, 10 se mudaron de la zona y 51 se quedaron en Harlem y, de ellos, 48 pudieron graduar de preparatoria; 25 de estos graduados ya habían sido aceptados en diferentes universidades para iniciar sus carreras. Las estadísticas indican que más de la mitad no termina la preparatoria pero, ahora, las cosas se habían invertido. ¡Casi el 80% de la clase original había graduado de preparatoria!

Ese discurso cambió las vidas de aquellos estudiantes por una sencilla razón: ahora tenían esperanza; por primera vez en sus vidas tenían algo que esperar. Uno de los graduados dijo: “Tenía algo que anticipar, sabía que algo me esperaba al final. Era un sentimiento muy especial”. Arístides Alvarado, graduado de aquella clase de Harlem, dijo también, “El Señor Lang me dio la noción de tener alguien que está ahí para ayudarme. Y tú no consigues eso en estas escuelas. Cuando le dije que no me sentía seguro de que pudiera tener éxito en esa universidad tan prestigiosa [Rensselaer Polytechnic Institute], él me dijo: ‘Arístides, tú eres un soñador; los soñadores pueden lograr cualquier cosa’”.

Es que la esperanza es muy poderosa. El ánimo que infunde el tener algo que esperar no conoce límites. En las escenas finales de la vida de Jesús en la cruz del Calvario hay un claro

mensaje de esperanza. Y esa esperanza es para ti y para mí también.

A los extremos de la cruz

Los cuatro Evangelios de la Biblia dicen que Jesús fue crucificado en medio de dos ladrones (Mateo 27:38; Marcos 15:27; Lucas 23:33; Juan 19:18), mismos que estaban enfrentando su sentencia debido a los males cometidos. Lo más seguro es que la crucifixión de estos ladrones ya estaba programada y vino a bien a los romanos agregar a Jesús a la procesión de condenados para ese día viernes.

Ya sobre la cruz, se echa de ver la actitud de los ladrones hacia Jesús. Mateo 27:44 dice que “lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con él” (Marcos 15:32 dice, en esencia, lo mismo). Pero Lucas 23:39 dice que el que injuriaba a Jesús era uno de los ladrones y no los dos. Al parecer, Mateo y Marcos recaudaron información que presenta a los dos ladrones hablando contra el Señor Jesucristo, pero recordemos que los quejosos eran muchos: los que pasaban por ahí, los gobernantes, los romanos, y los principales sacerdotes. Una gran escritora cristiana dijo así:

“Los ladrones que fueron crucificados con Jesús sufrieron la misma tortura física que él. Pero sólo uno de ellos se endureció; el dolor lo desesperó y le infundía rebeldía. Se unió a las burlas de los sacerdotes y vilipendió a Jesús diciéndoles: ‘Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros’. Lucas 23:39. El otro malhechor no era un criminal

endurecido. Cuando oyó las diatribas de su compañero de fechorías, “le reprendió...” ver. 40. Acto seguido, cuando su corazón sintió la atracción de Cristo, la iluminación celestial invadió su mente. En Jesús, magullado, escarnecido y colgado de una cruz, vio a su Redentor, a su única esperanza, y se dirigió a él con humilde fe: ‘Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino’” (**La Historia de la Redención**, pág. 231).

Una mirada más cercana al ladrón arrepentido y sus palabras ayudará a confirmar este comentario. Hay tres cosas que destacar que evidencian el arrepentimiento del ladrón. El primer elemento fue temor de Dios. Él dijo al ladrón rebelde, “¿Ni aún temes tú a Dios, estando en la misma condenación?” (Lucas 23:40). En segundo lugar, el ladrón reprendió al injuriador y reconoció tanto la justicia del castigo que ellos como ladrones estaban recibiendo como la inocencia de Jesús. En tercer lugar, el ladrón le hizo un ruego al Señor: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”. El ruego es importante porque en él se expresa esperanza. No sabemos cuánto sabía de Jesús el ladrón o cuánto había oído de su mensaje. Lo cierto es que a esas alturas ya tenía convicciones suficientes para creer que él era el Mesías que habría de venir a redimir a Israel. Su esperanza tenía una base y lo único que hizo en la cruz fue declarar esa esperanza.

El fundamento de la esperanza

La esperanza del creyente es firme porque está fundamentada en las promesas de Jesús. Él ha declarado su voluntad para el futuro y todo se ha cumplido. Si nada ha quedado sin cumplir, aunado al hecho de que es el mismo Dios quien respalda esas promesas, entonces no queda lugar a dudas. La esperanza es firme, como bien dice Pablo en Hebreos 10:23:

“Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió”.

Jesús no puede quedarse sin responder a un ruego de salvación. Casi podemos imaginar que Jesús recobró ánimo en medio del sufrimiento y la turbación del momento. El ladrón quería acompañarle en el reino eterno que se instauraría con la venida del Señor y si hay algo que alegra a Jesús es que haya quienes quieran pasar la eternidad con él. Entonces, el Maestro crucificado respondió:

“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (ver. 42).

Esta frase está tomada de la versión revisada de 1960. Su lectura ha causado polémica porque pareciera que el Señor está prometiendo que Jesús se vería con el ladrón arrepentido en el paraíso en ese día. No obstante, el texto en el griego hace dos diferencias importantes. Una es que el pronombre relativo “que” no aparece en el texto; más bien

fue añadido al momento de la traducción. La otra diferencia es que el texto bíblico no incluye signos de puntuación; estos son colocados según hace sentido al momento de traducir. Algunas versiones colocan una coma antes de la palabra “hoy”, haciendo el mismo efecto que si se escribiera la palabra “que”, indicando que ese día Jesús y el ladrón se verían en el paraíso.

Recordemos también que Jesús no podía haberle prometido al ladrón lo que no podría cumplir, que lo llevaría ese día el paraíso. Aunque Jesús murió ese mismo día, el ladrón no (Juan 19:31-33), así que la declaración de Jesús se quedaría sin cumplir, y ya sabemos que “fiel es el que prometió”. Tampoco podía prometer llevarlo al paraíso ese día porque Jesús no ascendió al paraíso el viernes sino hasta el tercer día, el domingo cuando resucitó (20:17).

Más todavía, miren el ruego del ladrón: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”. El ladrón ligó la segunda venida a la participación en el paraíso, y eso es teológicamente correcto porque la vida eterna se da al creyente no al morir sino cuando regrese el Salvador (Mateo 16:27).

La promesa de Su venida

Entonces, la respuesta de Jesús al ladrón diría así, “De cierto te digo hoy, estarás conmigo en el paraíso”. Y ésta es una gran promesa. Permítanme poner un acento singular en la frase, “te digo”.

Durante su ministerio terrenal el Señor se encargó de dejar clara su misión y su propósito de salvación al mundo. Aún antes Él declaró, en el Antiguo Testamento y en los términos más explícitos, las promesas de salvación a las que Israel podía acogerse. Él vino a hacer cumplir todo lo que de Él estaba escrito en los profetas, los salmos y la ley. Ahora, ante el ladrón, su Palabra (y, más precisamente, sus promesas) se yergue como el fundamento de la esperanza del cristiano.

Con esperanza, la persona vive; y sin esperanza el alma muere. No importa qué es lo que tengamos que pasar (aún la misma cruz, como fue con el ladrón arrepentido), se puede avanzar adelante porque Dios es fiel. Nosotros necesitamos reavivar nuestras vidas; deseamos darle no sólo chispa sino fuego a nuestro cristianismo. ¿Qué mejor forma de lograrlo que desarrollar esperanza por la contemplación de las promesas de Dios en la Palabra? Y, ¿qué promesa más alentadora puede abrigar el creyente en el corazón que la segunda venida de Jesús?

“Una de las verdades más solemnes y más gloriosas que revela la Biblia es la de la segunda venida de Cristo para completar la gran obra de redención. Al pueblo peregrino de Dios, que por tanto tiempo hubo de morar ‘en región de sombra de muerte’, le es dada una valiosa esperanza inspiradora de alegría con la promesa de la venida de Aquel que es ‘la resurrección y la vida’ para hacer ‘volver a su propio desterrado’. La doctrina del segundo advenimiento

es verdaderamente la nota tónica de las Sagradas Escrituras” (**El Conflicto de los Siglos**, pág. 344).

Conclusión

El sistema escolar de una gran ciudad norteamericana tenía un programa para ayudar a los niños a mantenerse al corriente con sus estudios durante los días que perdieran de clases por estar enfermos en los hospitales. Cierta vez, una de las maestras del sistema que colaboraba en este programa de regularización recibió una llamada de rutina indicándole que fuera a cierto hospital a apoyar a un niño. La maestra apuntó el nombre del niño y el cuarto de hospital donde se encontraba y fue a hablar brevemente con la maestra de grupo del niño para ver qué estaban viendo en clases.

“En estos momentos estamos estudiando sustantivos y adverbios con la clase”, dijo la maestra del grupo, “y me encantaría que usted le ayude a entenderlos a fin de que no se retrase tanto”.

La maestra asignada fue al hospital a ver al niño esa misma tarde. Nadie le había dicho que el niño faltaba a clases porque se había quemado severamente la piel, lo que le causaba mucho dolor. Triste por el cuadro que contempló al llegar, la maestra dijo con voz trémula: “Me han enviado de tu escuela para ayudarte con los sustantivos y los adverbios”. Cuando terminó y se hubo retirado, la maestra sintió que no había logrado mucho.

Al siguiente día, la maestra se presentó de nuevo al cuarto de hospital del niño quemado, y una enfermera la detuvo para preguntarle, “¿Qué le ha hecho usted a ese niño?” La maestra pensó que había hecho algo malo y de inmediato empezó a disculparse. “No, no”, dijo la enfermera, “usted no me entiende. Hemos estado preocupados por este niño, pero desde ayer que usted vino su actitud ha cambiado por completo. Está luchando; está respondiendo al tratamiento. Pareciera que ha decidido seguir viviendo”.

Dos semanas después, el niño explicó que había renunciado completamente a toda esperanza hasta que la maestra llegó a su cuarto. Todo cambió cuando el niño llegó a una conclusión. Él la expresó de esta manera:

“No enviarían de la escuela a una maestra a trabajar con los sustantivos y adverbios con un chico que se está muriendo, ¿verdad?”

Ese niño revivió con la esperanza. El ladrón en la cruz, aunque con las horas contadas, revivió con la esperanza. Tú y yo podemos revivir también con la esperanza de Jesús. Su segunda venida es tan cierta como toda otra promesa que el Señor ha cumplido. Muy pronto, “el que ha de venir vendrá, y no tardará” (Hebreos 10:37).

¿Crees esto?

Reavivados por su dedicación

Introducción:

Uno de los himnos más conocidos y queridos por los creyentes cristianos se llama “Salvador, a ti me rindo”. Este himno apareció en el Himnario Adventista antiguo con el número 277 y en el nuevo es el 261. Su letra es bella y, a la vez, profunda; me parece un apropiado ejemplo de poesía cristiana con teología bíblica. Les invito a abrir su himnario y seguirme en la lectura:

“Salvador, a ti me rindo,
obedezco sólo a ti.
Mi guiador, mí fortaleza,
todo encuentro, oh Cristo, en ti.

Coro:

Yo me rindo a ti,
yo me rindo a ti;
mi flaqueza, mis pecados,
todo rindo a ti.

Te confiesa su delito
mí contrito corazón.
Oye, Cristo, mi plegaria;
quiero en ti tener perdón.

A tus pies, Señor, entrego
bienes, goces y placer.
Que tu Espíritu me llene,
y de ti sienta el poder.

¡Oh, qué gozo encuentro en Cristo
¡Cuánta paz a mi alma da!
A su causa me consagro,
y su amor mi amor será.

Este himno fue compuesto originalmente en el idioma inglés; se publicó en 1896. La música del himno es de Winfield S. Weeden y la letra fue escrita por Judson W. Van DeVenter. Debemos la traducción de la letra a A. R. Salas.

Van DeVenter era un músico y maestro cristiano que sirvió como supervisor de educación artística en las escuelas públicas de Sharon, Pennsylvania. También era un laico muy activo en su iglesia, la Iglesia Metodista Episcopal; particularmente gustaba involucrarse en los programas evangelísticos. Reconociendo su gran talento, otros miembros de la iglesia lo animaron a que renunciara a su trabajo y se dedicara por completo al evangelismo. Por cinco años, Van DeVenter luchó y reflexionó mucho sobre la decisión que debía tomar.

Finalmente, Van DeVenter rindió su vida completamente a Dios y dedicó todo a su servicio; se volvió ministro de música y evangelista. Fue mientras conducía un ciclo evangelístico

en Ohio que escribió la letra del himno. El artista cuenta cómo se inspiró para componer esa bella letra:

“Por cierto tiempo, yo venía luchando por decidir si desarrollaba mis talentos en el campo del arte o si me dedicaba tiempo completo al evangelismo. Finalmente, llegó el momento crucial de mi vida y opté por servir a Dios. Entonces comenzó una nueva vida para mí. Me convertí en un evangelista y descubrí en lo profundo de mi alma un talento que, hasta entonces, me era desconocido. Dios había escondido una canción en mi corazón y, tocando una cuerda sensible de mi ser, me hizo cantar para su gloria”.

Todo rindo a ti

Del mediodía hacia las 3:00 pm, que es la hora en que murió, Jesús en la cruz expresa frases que manifiestan cuidado por sí mismo. Tres horas antes, su primera frase en la cruz es una oración donde intercede por los que lo traspasaron; la segunda frase es para ver por las necesidades de su madre; y la tercera es para alentar la esperanza del ladrón arrepentido al lado de su cruz. Después de eso es que Jesús piensa en sí.

De pronto, el cielo se oscurece de forma inexplicable. Es porque Jesús siente el abandono del Padre al haber puesto sobre Él el pecado del mundo (Isaías 53:6). Su pena ahora no es física sino espiritual. Leemos en San Mateo 27:46 lo siguiente:

“Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

Entonces, viene la siguiente frase:

“Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed” (Juan 19:28).

Ciertamente, ése era el fin. Según Juan 19:30, el Crucificado dijo: “Consumado es”. Y, justo antes de morir, Lucas 23:46 registra las últimas palabras del Maestro antes de morir:

“Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró”.

Pensemos por un momento en esa frase final: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. El “encomendar” que leemos ahí proviene de la palabra griega “paratítemai”, compuesta por dos raíces: “para” y “titemi”. “Para” significa “al lado de, cerca” y “titemi” quiere decir “poner, colocar”. Juntas las raíces, el sentido de la palabra es “dedicar algo al cuidado de, confiar algo a alguien cercano, entregar confiadamente”.

Podemos imaginar al Señor Jesús diciendo a su Padre celestial: “Padre, todo se ha terminado y sólo queda mi vida mortal. Te la doy a ti. Te confío todo. Lo rindo todo a ti”.

En el desierto de la vida

Esta frase, “En tus manos encomiendo mi espíritu”, es una cita de los Salmos que Jesús apropiadamente tomó para aplicar a su caso. La podemos encontrar en el Salmo 31:5,

“En tu mano encomiendo mi espíritu; Tú me has redimido, oh Jehová, Dios de verdad”.

Todo este salmo es una poderosa expresión de fe y confianza en Dios como Aquel a quien podemos darle todo. Veo dos hilos temáticos tejerse en este salmo que cuentan la experiencia de David con elocuencia. Uno es el confiar en Dios, y el otro es esperar en Él. Confiar en Dios implica una petición de auxilio, de intervención; es una súplica por que la poderosa mano de Dios se haga presente. Esperar es el fruto de esa confianza; es la seguridad de que Dios va a intervenir y que hará lo que nosotros no podemos hacer.

Dice el versículo 1, “En ti, oh Jehová, he confiado; no sea yo confundido jamás; líbrame en tu justicia”. Compárenlo ahora con los versículos 14 y 15: “Mas yo en ti confío, oh Jehová; digo: Tú eres mi Dios. En tu mano están mis tiempos; líbrame de la mano de mis enemigos y de mis perseguidores”.

La confianza en Dios, ese dejar todo en las manos del Señor, engendra tranquilidad de esperar en Él porque ese Dios es seguro. Vean el versículo 3: “Porque tú eres mi roca y mi castillo; por tu nombre me guiarás y me encaminarás”. Ahora, vean el versículo 19: “¡Cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen, que has mostrado a los que esperan en ti, delante de los hijos de los hombres!”

No hay indicaciones en el Salmo 31 que permitan ubicar las circunstancias exactas que vivía David cuando escribió este canto. Sabemos que pasó por momentos muy difíciles cuando huía de Saúl, el desquiciado rey de Israel. Muy probablemente David evoca esos momentos cuando habla de sus enemigos que quieren su vida y de sus vecinos que le dan la espalda (ver. 11). Una cosa es cierta, en los peligros de la vida y cuando no hay nadie más en quien refugiarnos, Dios es el seguro amparo del creyente. En Dios podemos confiar todo lo que tenemos por precioso, especialmente nuestra vida.

David da testimonio también cuando dijo: “Decía yo en mi premura: Cortado soy de delante de tus ojos; pero tú oíste la voz de mis ruegos cuando a ti clamaba” (ver. 22). La intervención de Dios es segura y su misericordia es confiable.

Entrega y consagración

La ruta al Calvario fue un camino de dedicación completa a Dios desde el principio para Jesús. Delante de Jesús estuvo

siempre la sombra de la cruz; sabía que había nacido para morir como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Humanamente hablando, la perspectiva de la muerte no es fácil ni alentadora. Uno rehúye la muerte, porque no fuimos creados para morir sino para vivir. El Cristo encarnado igual reaccionaba igual ante la muerte. Pero su confianza en Dios le hacía avanzar porque, como dijera San Pablo, “porque se en quien he creído” (2 Timoteo 1:12).

El martes de la semana final de Jesús, San Juan 12:20-26 registra una entrevista que sostuvo con unos hombres griegos que querían verlo. En su diálogo con ellos, Jesús dijo algo muy valioso de recordar:

“Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará” (vers. 23-26).

Jesús se identifica con el grano de trigo que, para dar vida, tiene que morir. Así debe ser con sus discípulos también; tenemos una misión: seguir a Jesús y servirle. Puede que sea doloroso, pero quienes lo hagan serán honrados por el Padre.

Luego, pareciendo que hablaba para sí, dijo: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez” (vers. 27-28).

“Mi alma está turbada”, dijo Jesús. Y, ¿cómo enfrenta un cristiano los desafíos de la vida? ¿Cómo avanza ante las pruebas que lo intimidan y amenazan acabarlo? Hay veces que queremos orar, “Padre, líbrame de esta hora”, cuando para esa hora hemos venido a la tierra. Lo que nos corresponde es avanzar por fe y darle al Padre el terreno para actuar y glorificar su nombre.

Jesús sabía lo que estaba delante de Él, pero también sabía que el Padre estaba con Él tan ciertamente como se oyó la voz del cielo; sabía que el príncipe de este mundo (Satanás) ya había sido juzgado y echado fuera (ver. 31); sabía del poder redentor y atrayente de la cruz para con los humanos creyentes (ver. 32). Porque sabía los planes revelados de Dios, podía confiarle todo al Padre. Encomendarse a Dios y dedicarle nuestra vida no es un paso en la oscuridad sino un paso a la luz de la verdad revelada por Dios.

Conclusión

Bertoldo de Giovanni es un nombre que aún para los más entusiastas amantes del arte puede resultar desconocido. Era discípulo de Donatello, el más grande escultor de su

tiempo, y fue el maestro de Miguel Ángel, el más grande escultor de todos los tiempos. Miguel Ángel tenía 14 años cuando vino a Bertoldo, pero ya era muy obvio que el joven tenía grandes talentos.

Bertoldo fue suficientemente sabio para darse cuenta que la gente con gran talento suele verse tentada a pasarla cómodamente en vez de crecer y esforzarse. Por lo tanto, trató de someter a presión a este joven talentoso para que trabajara con seriedad en el cultivo de su arte. Cierta día, Bertoldo llegó al estudio de Miguel Ángel y lo encontró pasando el tiempo con una pieza de escultura muy por debajo de sus capacidades. Bertoldo cogió un martillo, cruzó a grandes zancadas el estudio y rompió la pieza en mil pedazos mientras gritaba este inmortal mensaje: “Miguel Ángel, el talento es barato; la dedicación es costosa”.

A Jesús le costó en su humanidad dedicarse pero, gracias a esa dedicación de Jesús, es que somos salvos. Él confió en Dios plenamente porque estaba seguro en quién estaba poniendo su depósito. Tú también puedes rendir todo a tu Salvador; dale todo, bienes, goces y placer. Él te ha revelado en la Palabra lo que hay delante. Puedes avanzar con confianza sin importar qué haya en tu camino. Dile, como tu Maestro, también al Señor: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Reavivados por su misericordia

Introducción:

El evangelista internacional Luis Palao cuenta la siguiente historia. En los días finales de la Revolución Francesa cuando Napoleón Bonaparte llegó a ser una gran figura, le trajeron a una señora que quería hablar con él. La mujer era la madre de un joven que, según la ley, había sido condenado a muerte.

La mujer se acercó a Napoleón y le pidió le concediera el perdón a su hijo. El emperador le dijo que el joven había cometido dos veces una falta grave y que eso se castigaba con la muerte.

“Yo no pido justicia, señor”, dijo la mujer, “lo que yo pido es misericordia”.

“Pero su hijo no merece que se le dé misericordia”, respondió Napoleón.

“Señor”, dijo la mujer, “no sería misericordia si el muchacho la mereciera, y todo lo que yo le pido es misericordia”.

“Bien,” dijo Napoleón, “entonces tendré misericordia de él”. Y así perdonó la vida del muchacho de una muerte segura.

Me reaviva pensar en la Deidad como un Dios de misericordia. La Biblia lo presenta mediante varios términos, pero siempre el carácter de Dios es descrito como tierno, amoroso y misericordioso. Por ejemplo, el líder Moisés dijo del Señor así:

“¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:6-7).

En el Nuevo Testamento la descripción de la Deidad no es diferente. El Señor Jesús dijo de su Padre lo siguiente:

“Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lucas 6:26). Y el Apóstol Juan, en un pasaje muy conocido, dice así: “El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1 Juan 4:8).

Dios es amor y misericordia. Si alguien se pierde en este mundo es porque no supo entender la misericordia de Dios, que es el más grande y bello rasgo del carácter de Dios. Quienquiera que se acerque, dijo el Señor, “no le echo fuera” (Juan 6:37). El mundo necesita saber que Dios es amor. pues tanto amó Dios al mundo que “ha dado a su Hijo

unigénito para que todo aquel que en Él crea no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Por ese amor somos salvos; somos hechos herederos de la gracia eterna.

Una cruz de misericordia

Mirar la cruz de Jesús es mirar el retrato mismo de la misericordia. Él subió y permaneció en la cruz por amor. No importaron dolor ni burla, tampoco insultos ni maldiciones; Jesús se entregó a la muerte en nuestro lugar sencillamente porque nos ama. Su muerte es una muestra poderosísima de su amor por los pecadores:

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

Salgan conmigo del aposento alto y sigamos el camino a la cruz; cuenten cuántos tratos de amor manifestó el Salvador:

1. Jesús le abre los ojos a Pedro sobre la prueba que tiene que pasar y cómo negaría al Señor (Mateo 26:31-35)
2. Jesús cura la oreja cercenada de Malco, el siervo del sumo sacerdote, cuando era entregado por Judas (Mateo 26:51-56)
3. Jesús mira misericordiosamente a Pedro a pesar que le ha negado tres veces (Lucas 22:61)

4. Jesús advierte a las mujeres que lamentaban su maltrato sobre la ira venidera de Dios, invitándoles al arrepentimiento (Lucas 23:27-31)
5. Jesús desde la cruz perdona a los que lo traspasan (Lucas 23:34)
6. Jesús provee sustento y compañía para su madre (Juan 19:25-27)
7. Jesús consuela al ladrón arrepentido con la esperanza del paraíso (Lucas 23:39-43)

Por si estas muestras de amor en la cruz fueran poco, el Maestro resucitado también, en su amor, fortaleció a María Magdalena y las mujeres que vinieron al sepulcro, alentó la fe del incrédulo Tomás y afirmó a Pedro en el camino del apostolado, a pesar de su triple negación.

La cruz es el supremo ejemplo del amor de Dios y, cuando la cruz es exaltada, el pecador se acerca. Cuando Jesús crucificado es levantado en las conciencias, el ser humano es atraído. Así lo prometió el Señor en su discurso con los griegos (Juan 12:32).

Los seres humanos nos acercamos a Dios no por temor al castigo, no por huir del infierno de destrucción. Quienes se acercan a Dios es impulsados por los encantos de su amor; somos atraídos por los lazos de su amor. El apóstol Pablo dijo así: “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” (Romanos 2:4).

Miren lo que dice la Escritura: es la benignidad, la paciencia y longanimidad de Dios (en otras palabras, su amor) lo que nos hace arrepentirnos. Si venimos a Dios es movidos por su misericordia. La iglesia que quiere reavivarse necesita mirar la cruz de Jesús. El joven o señorita que anda mal en su vida espiritual vivirá el arrepentimiento y cambiará cuando mire detenidamente a la cruz de Jesús. Recuerden lo que dice ese elevador canto cristiano:

“Hay vida en mirar a la santa cruz.

Dice Jesús "Miradme a Mi".

Nada el mundo y sus glorias son;

tesoros brillantes se ven allí.

Coro:

¡Oh mirad, pues hallaréis vida eterna allá en la cruz!

salvación recibiréis en el Redentor Jesús”

(**Himnario Adventista**, Edición 2009, himno # 299).

Los componentes del amor cristiano

Los atributos de Dios no todos son propios de la Deidad; algunos de ellos son comunicables. Esto es, hay ciertos rasgos de Dios se convierten en características que nosotros los humanos podemos adquirir a medida que nos relacionamos con Dios. En cuanto al amor cristiano, el creyente que convive con su Salvador mediante el estudio y reflexión de la Palabra es transformado y se convierte en un reflector del amor de Dios. Dios comunica su amor mediante

la Palabra y la oración, y lo sostiene en la experiencia cristiana mediante el Espíritu Santo.

Cuando el amor de Dios se refleja en el ser se echa de ver por sus dos componentes. Primero, el amor de Dios se ve en nuestras palabras. En Efesios 4:29, la Palabra de Dios dice: “Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes”. Nuestras palabras se convierten en recursos de edificación y desarrollo de nuestros oyentes cuando la misericordia de Dios nos transforma.

El segundo componente del amor divino que se observa en las vidas de quienes son transformados por Dios tiene que ver con nuestras acciones. Pablo, de nuevo, dice a los Colosenses:

“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto” (3:12-14).

Los escogidos de Dios son santos. Eso quiere decir que son como Dios y sus actos son benignos, pacientes y humildes. Pablo dice, por ejemplo, que nos corresponde soportar a los demás y perdonarlos cuando haya alguna contrariedad.

Pablo usa una metáfora muy interesante para referirse al carácter de los hijos de Dios: se visten de misericordia; su ropa es de amor. ¿No es eso hermoso?

Conclusión

Así es el amor de Dios: lo podemos experimentar en sus palabras y en sus actos. Por nuestra parte, podemos demostrar el amor de Dios mediante nuestras palabras y actos. Miren como lo ilustra la siguiente historia:

Cierta vez, un padre de familia llevó a sus dos hijos consigo al centro comercial. Cuando se estacionaban, vieron frente al edificio un camión de carga con un remolque que decía, “Zoológico de animales acariciables”. Se trataba de un corral con crías de animales que los niños podían entrar y tocar. Los niños se emocionaron y quisieron ir a tocar los animales.

“¡Claro, vayan!”, dijo el papá. Y entonces les dio \$5.00 para la entrada a cada uno. Los niños salieron como rayos hacia el zoológico. Entonces, el padre se dirigió a la tienda a comprar lo que ocupaba.

Para su asombro, minutos más tarde su hija estaba detrás del padre cuando debería estar con su hermanito jugando con los animales.

“¿Qué ocurre, mi amor?” preguntó el papá.

“Bueno, papá, lo que pasa es que la entrada no cuesta cinco pesos sino diez, así que le di a mi hermano mis cinco pesos para que entrara”, dijo la niña. Y luego, la niña agregó las palabras más bellas que le oí decir alguna vez:

“El amor es acción”.

Lo que todos esperarían es que el padre, sin vacilar por un momento, buscara su cartera dinero y le diera diez pesos a la niña, quien sonriente tomaría el billete y saldría corriendo al zoológico. Pero no hizo así. Terminó las compras que tenía que hacer lo más pronto posible y llevó a la niña consigo al zoológico. Ahí, recargados sobre la cerca, la niña vio a su hermanito jugar con los animales. A ella misma le encantaban los animales y quería acariciarlos. Al papá le “quemaban” la piel esos diez pesos que tenía en su cartera con el ánimo de dárselos a la niña, pero no se los dio.

Pero la niña no se quejaba ni reclamaba nada. Parecía entender la naturaleza del amor verdadero. El amor se mira en acciones; el amor se sacrifica.

Esa misericordia es la que vemos en la cruz de Jesús. Ese amor es también el que el mundo espera ver en tu vida y la mía.

“Ven a Jesús, ven a Jesús,
ven a los pies de la cruz sin tardar”.

Reavivados por su fe

Introducción:

Me parece que una de las definiciones más conocidas de la fe es la que el apóstol Pablo declaró en Hebreos 11:1, que dice:

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”.

La fe es certeza y convicción. Tener fe es estar cierto de que aquello que esperamos va a llegar y convencidos de que aquello que no vemos está ahí. Miren este mismo pasaje en la Traducción al Lenguaje Actual:

“Confiar en Dios es estar totalmente seguro de que uno va a recibir lo que espera. Es estar convencido de que algo existe, aun cuando no se pueda ver”.

Hablando de no poder ver, consideren la siguiente historia. En una ocasión, hubo un incendio en una casa y el hijo de la familia se vio obligado a subir el techo para resguardarse. El fuego amenazaba con consumir toda la casa. El padre del niño estaba afuera de la casa y, extendiendo sus brazos, le gritaba a su hijo que se aventara, que él lo iba a atrapar.

Sin embargo, el niño sólo veía humo, oscuridad y fuego; no alcanzaba a ver a su padre listo para atraparlo al caer. Comprensiblemente, el niño no quería saltar. Entonces, el padre le grito:

“Salta, hijo; yo te atrapo acá abajo”.

“Papi, pero es que yo no te veo”, dijo el niño.

“Pero yo sí puedo verte, hijo”, dijo el padre, “y eso es todo lo que importa”.

El ser humano quiere guiarse por la vista; si no vemos, puede que no creamos. Suele suceder que las circunstancias de la vida no nos dejen ver lo que tenemos delante, y ahí le fe se yergue como un desafío para el cristiano.

Mirar a la cruz de Jesús, como hemos venido haciendo a través de estos estudios, es también una oportunidad para estudiar la fe. Como un valor para la vida del cristiano, la fe es fundamental. Hoy nos daremos tiempo para mirarla con más detenimiento.

La necesidad de la fe

El Señor Jesús enseñó lecciones muy valiosas acerca de la fe durante su ministerio terrenal. En Lucas 18:1, valiéndose de la parábola de la viuda y el juez injusto, habló sobre “la necesidad de orar siempre, y no desmayar”. Se necesita fe para no desmayar, y ése fue el caso con la viuda. Al cierre de

la parábola, mirando el escenario que tenía delante, Jesús preguntó: “Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra” (ver. 8).

Otra vez, cuando Jesús volvía del monte de la transfiguración, un hombre se acercó a Jesús en medio de un alboroto en el que estaban los discípulos del Señor. El hombre reclamó: “Maestro, traje a ti mi hijo, que tiene un espíritu mudo... y dije a tus discípulos que lo echase fuera, y no pudieron” (Marcos 9:17-18). Jesús calificó a los discípulos como “generación incrédula” (ver. 19), y entonces pidió que trajeran al muchacho. El Señor, entonces, desafió al padre: “Si puedes creer, al que cree todo le es posible” (ver. 23). Y el padre respondió:

“Creo, ayuda mi incredulidad” (ver. 24).

Este hombre reconoció su necesidad de fe. Si nuestra fe no acompaña nuestras peticiones, los milagros no se verán. Así lo sostiene también el apóstol Pablo, según enseñó en Hebreos 11:6,

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”.

Las trampas de la fe

Ciertamente, la fe es fundamental y necesaria. Volviendo al apóstol Pablo, la fe es certeza y convicción. Pero la fe tiene

sus trampas. Una de ellas es el retraso. Pablo dice que la fe es la certeza de lo que se espera pero, ¿qué pasa cuando lo que esperamos que venga no llega? ¿Cuán firme es nuestra certeza cuando el cumplimiento de nuestra esperanza se aplaza? Esa certidumbre bien puede vacilar y convertirse en duda.

Dice el Apóstol también que la fe es la convicción de lo que no se ve. Por consiguiente, otra trampa de la fe es el ocultamiento; esto es, cuando lo que debe verse no se ve, sino que se oculta. Ese ocultamiento puede inquietar la fe, circunstancia en la que nuestra mente puede verse tentada a llenarlo con mensajes propios y no con la voz de Dios.

Al auxilio de la fe viene la Palabra. El mismo apóstol Pablo dijo: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Dentro de la amplísima Palabra de Dios se presentan dos cosas que, cuales firmes pilares, sostienen la fe: primeramente, la intervención de Dios en el pasado, lo que conocemos como la historia; segundo, lo que hará Dios en el futuro, que son las promesas del Señor.

La lectura de la Biblia permite al cristiano mirar tanto lo que Dios hizo como lo que Dios hará. Contemplar el pasado, especialmente aquel pasado donde la arqueología y la investigación histórica ha enriquecido la lectura con su luz, ancla la fe. Asimismo, ese mismo pasado coloca una plataforma que hace firme el futuro y da por cierto lo por venir.

Miren cuánto poder tiene la lectura de la Biblia, en palabras de esta singular educadora:

“La lectura de obras referentes a nuestra fe, la de los argumentos ajenos, es una ayuda excelente e importante, pero no es la que dará a la mente su mayor fuerza. La Biblia es el mejor libro del mundo para dar cultura intelectual. Su estudio ejercita la mente, fortalece la memoria y aguza el intelecto más que el estudio de todos los temas abarcados por la filosofía humana. Los grandes temas que presenta, la digna sencillez con que son tratados estos temas en ella, la luz que derrama sobre los grandes problemas de la vida, reportan fuerza y vigor al entendimiento” (**Obreros Evangélicos**, pág. 105).

La cruz y la fe

Como ocurre con otros grandes valores de la vida cristiana, la fe es evidente en la narración que los evangelios hacen de aquella semana final del ministerio del Salvador. No puede ser de otra manera porque la fe tiene ese primerísimo papel en la vida de la iglesia. Por ejemplo, Jesús le dijo a Pedro, “pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lucas 22:32). El irascible y volátil Pedro podía resistir la tentación y mantener firme su fe.

Jesús escuchó el ruego del ladrón que, arrepentido, desde la cruz rogaba, “Acuérdate de mi cuando vengas en tu reino” (Lucas 23:42). Semejante petición está sostenida por la fe en

Aquel que vendrá y establecerá su reino en su segunda venida. El ladrón ahora da la espalda a su vida pasada y afirma creer en Jesús como el verdadero Mesías.

Tras su resurrección, Jesús enfrentó la duda en el grupo de discípulos. Algunos de los discípulos dudaban que Jesús realmente hubiera vuelto a la vida (Mateo 28:17). Dentro de esos que dudaban se encontraba Tomás, el gemelo. Con ternura pero con firmeza, Jesús le dijo a Tomás, “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (Juan 20:29).

Una pareja de discípulos, Cleofás y otro, sufrió duramente el embate de la duda y así lo manifestaron cuando se dirigían a la aldea de Emaús. De nuevo, el elemento reavivador de la fe de estos dos discípulos fue la Palabra:

“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, [Jesús] les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lucas 24:27). Cuando el Maestro resucitado desapareció ante su vista, los discípulos se dijeron:

“¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (ver. 32)

Quizás tu fe también, hermano o hermana, necesite que su fe sea fortalecida. Para ello, te recomiendo la Palabra de Dios. El elemento vivificante del cristiano es la Santa Biblia,

sus historias y sus promesas. No pasemos un sólo día sin alimentar nuestra fe con un “Así dice Jehová”.

Conclusión

Dios honra la fe del que confía; Él es galardonador de los que le buscan. Eso lo podemos confirmar con esta historia.

En el desierto de Amargosa, Nevada, Estados Unidos, hay un sendero muy largo por el que rara vez se ven transeúntes. A cierta altura del sendero, hay una bomba de agua operada manualmente que ofrecía la única posibilidad de beber agua en ese severo desierto. En el mango de la bomba había una lata de bicarbonato de sodio que, al interior, contenía una carta que decía lo siguiente:

“Esta bomba funciona muy bien hasta la fecha en que escribo esto, en 1932. Le he puesto una nueva ventosa que debe durar por lo menos cinco años. Pero la ventosa se seca y, para que funcione, la bomba tiene que ser purgada. Abajo de la piedra blanca que está a un lado de la bomba enterré una botella fuera del alcance del sol y con el corcho de la boca hacia arriba. En la botella hay suficiente agua para purgar la bomba, pero no será suficiente si bebe algo de la botella antes. Eche aproximadamente un cuarto del contenido de la botella en la bomba y espere que el cuero de la ventosa se impregne. Sin esperar mucho, eche el resto de la botella a la bomba y empiece a bombear como loco. Usted conseguirá agua. Este pozo nunca se ha secado. Tenga

fe. Cuando haya conseguido el agua, tome la botella, llénela y póngala donde la encontró para beneficio del siguiente viajero”.

Y firmaba la carta un tal “Pedro del desierto”.

La carta terminaba con una postdata: “No se beba el agua primero. Purgue la bomba primero y así obtendrá toda el agua que pueda tener”.

Algún tiempo indefinido después, algún viajero pasó por ahí, quien añadió una línea a la nota dejada ahí por Pedro del Desierto: “Créalo, sí funciona”.

La cruz de Jesús es un llamado a la fe. Dios quiere fortalecer tu fe mediante su Palabra; queda en ti el crecer espiritualmente mediante la Palabra. Y hoy es tu oportunidad para solicitarle a Dios que te afirme en el camino de la fe. Al mismo tiempo, ésta es tu oportunidad para manifestarle a Dios gratitud por todo lo que ha hecho por ti en el desarrollo de tu fe. Durante la semana se ha venido preparando una ofrenda especial que procederemos a entregar en estos momentos.

